



El lenguaje corporal: Lo más profundo es la piel

Virginia Ungar

La invitación a participar en este ateneo, la cual agradezco a la Secretaría Científica, me va a permitir compartir algunas reflexiones sobre el cuerpo, y en especial la piel, en el contexto de la cultura actual. Parte de lo que voy a presentar aquí está contenido en un trabajo que escribí para una Jornada de la Sociedad Psicoanalítica de México en Noviembre pasado, con el mismo título.

El cuerpo fue considerado en la época medioeval como algo que nos había sido dado por Dios y que no debía ni podía cambiarse. En la Edad Moderna el ideal era el de su perfeccionamiento a través de cuidados en su uso y en su ejercitación. Los estudiosos de esa época tenían como modelo de cuerpo y de su estudio una máquina analógica: el cadáver.

En los últimos treinta años, el ritmo de los cambios se aceleró apoyado en un avance tecnológico espectacular que permite la *intervención* en los cuerpos en muy diversas formas al tiempo que el interés por la anatomía cadavérica ha dejado lugar a las estrellas de la ciencia: la biología molecular y la genética. El ideal ya no es el *prometeico* (de perfeccionar lo ya dado) sino el *fáustico* de cambiar el estado de las cosas al estilo de lo que podrían haber hecho los mismos dioses en la mitología.

Los desarrollos científicos han tenido logros impensables hasta hace no tantos años. En un arco que va desde la concepción hasta la muerte, en el punto de partida, el conocimiento de la fisiología reproductiva permite hoy diferenciar la dimensión erótica del mandato reproductivo en cuanto a la conservación de la especie y se ha abierto un tema muy interesante en el campo de la filiación al comenzar a cuestionarse lo que antes parecía irreductible: la paternidad biológica.

En el otro extremo del arco, al incrementarse el promedio de expectativa de vida del humano nos enfrentamos a varias cuestiones, no sólo hay más viejos



**ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
ATENEOS DE SECRETARIA CIENTIFICA**

que antes, sino que las figuras idealizadas como poseedores del saber son los jóvenes

Quiero entrar ahora en el tema que he elegido para el ateneo de hoy: la piel

En primer lugar, la piel es considerada como el “mayor órgano del cuerpo humano”, ocupando en el adulto una gran superficie (2 metros cuadrados). Por otra parte tiene la interesante y aparentemente paradójica función de actuar a la vez como barrera protectora aislando al ser humano del medio que lo rodea para preservarlo, y la función simultánea de actuar como medio de comunicación con el entorno.

La piel es sede de los primeros contactos del recién nacido con el mundo y sus habitantes, es también un órgano expresivo, elocuente como pocos, en momentos del desarrollo en que el lenguaje verbal no ha sido alcanzado. Podemos decir que la piel expresa, “habla”, “llora” y “sufre”, nos dice de aquello que las palabras aún no pueden nombrar.

El campo que nos convoca como analistas en este tema es el de las afecciones psicosomáticas, en las que la dolencia es a la vez producto de una estricta disociación cuerpo-mente y un intento de recuperación de la unidad psique-soma, a través de la dramática presencia de un cuerpo que sufre y padece. Esta unidad resultó perdida con esa extrema disociación a la que este tipo de pacientes recurrieron muy precozmente en su desarrollo emocional.

El niño al nacer no tiene uso del lenguaje. Debe desarrollar gradualmente esa capacidad simbólica que le va a permitir expresar sus necesidades, deseos, requerimiento, afectos y sentimientos por medio de la lengua.

Hasta ese momento es el cuerpo del bebé el que va a manifestar todo y es la madre la que va a decodificar esos mensajes corporales y atender a las necesidades. Es allí adónde la piel es el órgano que más precozmente se va a



manifestar, con la aparición de eritemas, rashes, eczemas, salpullidos, enrojecimientos, seborreas, entre otros signos.

En Psicoanálisis la piel fue pensada ya desde los inicios de la teoría. Si bien Freud no se refiere específicamente a ella dice en 1924 que “El Yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino él mismo, la proyección de una superficie” (Freud, S.1924). Es decir que el cuerpo y su superficie se encuentran en lo más profundo de la constitución del Yo.

Más adelante otros autores se han dedicado al tema de la piel a quien le atribuyen un protagonismo esencial en la estructuración del psiquismo. Voy a mencionar sólo dos autores de diferente marco referencial para centrar mis reflexiones. Uno de ellos es Didier Anzieu quien con su formulación del **El Yo-piel** (Anzieu,D. 1993) postula que así como la piel es la envoltura del cuerpo la conciencia envuelve a la psiquis. En otras palabras, el Yo sería a la estructura psíquica lo que la piel es al cuerpo biológico: así como la piel cumple una función de sostén del esqueleto y de los músculos, el **Yo-piel** sostiene al psiquismo. Esta posibilidad depende de las vivencias de haber sido sustentado por la madre en los primeros tiempos de la vida extrauterina. Si las experiencias de contacto estrecho y continuado con la piel, los músculos y las manos de la madre fueron satisfactorias y se sintió apoyado externamente va a conseguir internalizar esta función y adquirir apoyo interno sobre su columna vertebral y encontrar su propio centro de gravedad para seguir con su desarrollo, erguirse, pararse y caminar.

Anzieu hace un evocativo enunciado y dice “La piel envuelve al cuerpo; por analogía con la piel, el yo envuelve el psiquismo; por analogía con el yo, el pensamiento envuelve los pensamientos” [pág.51, op. citada]

La piel es límite de lo individual, es frontera, regula la entrada y salida de cuerpos extraños y de sustancias, metaboliza los intercambios pero no debemos olvidar que también es sede del erotismo al tener una función de fuente de placer, siempre dependiendo de las primeras experiencias.



ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
ATENEOS DE SECRETARIA CIENTIFICA

Desde otro punto de vista teórico, pero también considerada por Anzieu, una psicoanalista inglesa, Esther Bick, postuló unos años antes en un artículo que llamó “La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas” (Bick, E. 1968) que la piel tiene la función psíquica de contener las distintas partes de la personalidad que son vivenciadas como carentes de una fuerza que las una y les dé cohesión y proporcione así un límite. Esta función depende para la autora de la posibilidad de contar con un objeto continente que pueda ser internalizado y así permitir construir la noción de interno-externo. Hasta que no se haya introyectado las funciones de continente, no se logra la construcción de un objeto que cuente con un espacio externo, lo que traerá dificultad para utilizar los mecanismos de identificación proyectiva.

El objeto que cumple con la función continente será vivenciado, según Ms. Bick como una piel. La falla en la construcción de la piel como continente puede determinar la formación de una *segunda piel* en la cual la dependencia es reemplazada por una pseudo independencia y por el uso inadecuado de funciones mentales. En la clínica, se puede evidenciar como estados de no integración, parcial o total del cuerpo, la postura, la motilidad y las funciones mentales correspondientes, especialmente la comunicación.

Hecha esta breve reseña que me parece necesaria para dar cuenta del lugar que la piel tiene en la teoría psicoanalítica, voy a presentar ahora una viñeta clínica. No voy a traer una afección de las llamadas psicósomáticas, decidí traer el momento inicial de un tratamiento de una adolescente que puede ser pensada como una presentación clínica muy contemporánea. Creo que nos puede ayudar a pensar la relación entre la piel y los impulsos que no pueden ser tramitados y generan una gran ansiedad, en particular la hostilidad. En otras palabras, sobre lo que aparece como más superficial y a la vista y lo más pulsional y velado, de allí el título de este trabajo.



ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
ATENEOS DE SECRETARIA CIENTIFICA

Esta viñeta parece publicada en un capítulo del libro “Realidad y Juego revisitado” editado por la IPA-Karnac en 2015.

Emilia, de 16 años, llega a la primera consulta traída por su madre cuando estaba a punto de ser expulsada de su escuela por mal comportamiento, a pesar de tener buen desempeño académico. Pide a la madre que salga del consultorio y de una manera un tanto displicente, y casi arrojándose en un sillón para quedar como “tirada” en él, dice que se siente sola desde hace mucho tiempo, que no tiene amigos, que los padres admiran a su hermana mayor. Agrega “desde que tengo 4-5 años que pienso en tirarme por la ventana, cuando era chiquita decidí que no lo iba a hacer porque vivimos en un piso bajo, y si me tiro y no me muero y quedo paralítica....”

Relata que desde niña visitó psicólogos porque decían que “era hiperactiva, ADD, que se yo...yo me sentía bien, contenta...era activa y vivaz...mis padres siempre pensaban que había algo mal en mí.” “Cuando me enojaba rompía cosas, hasta las que hacía yo misma en cerámica o me lastimaba...igual, nada de lo que yo haga les va a parecer bien a mis padres...”

A la segunda entrevista llegó tapándose un tatuaje que se había hecho y no quería que sus padres lo viesen. En ese encuentro, contó que en el verano había aspirado spray y que se había cortado las muñecas, cuando la descubrieron la llevaron a un psiquiatra.

En la tercera entrevista, relató que en el fin de semana había tomado mucho alcohol, y perdió el conocimiento en un barrio muy peligroso y que sus amigos llamaron a la madre.

En la entrevista con los padres la madre dijo textualmente “Emilia me va a matar con su comportamiento, tengo un problema cardíaco, no puedo soportar lo que lo que ella hace, los problemas que trae”.



ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
ATENEOS DE SECRETARIA CIENTIFICA

En principio hay dos factores que se conjugan: el protagonismo de la piel y la ausencia de alguien cercano con función continente. Emilia tiene una madre que declama abiertamente que “no puede con su hija, y que ésta la va a matar”, haciendo que el tema de la muerte y la violencia entren al campo desde el discurso de la madre. Como ven, el padre no aparece en el relato aunque estaba en la entrevista.

Con respecto a la necesidad de contar con otro con función continente para tramitar la violencia que está en juego en la etapa adolescente viene bien recordar que algo de esto, de la índole de la muerte y el asesinato, está implicado en el mismo proceso adolescente. Nadie lo dijo mejor que Winnicott en “Realidad y juego” (1971) cuando presenta sus ideas de que si en *el primer crecimiento* hay un contenido de *muerte* en la adolescencia el contenido es de *asesinato*.

También dijo algo para mí especialmente importante y es que el peor escenario se encuentra cuando los padres **abdican**. El adolescente no es todavía capaz de hacerse responsable de su crueldad, hostilidad y tampoco de su dolor psíquico. Tenemos que pensar que es el enfrentamiento y la confrontación con los padres reales lo único que puede modular la violencia asesina.

En el caso de Emilia el enfoque de Winnicott resulta más que pertinente: la muerte en su forma de asesinato o la vuelta contra sí mismo en las ideas de suicidio está presentes desde el comienzo del encuentro y la inermidad de Emilia con una madre que declara que su hija la va a matar y que no puede con ella nos hablan de la *abdicación* a la que se refiere Winnicott.

Como dijimos, la piel es límite y se puede convertir en un escenario que denota también la falla en la cuestión de los límites. Si la función parental abdica, si las diferencias generacionales se diluyen, queda un vacío que habla de la desligadura de la agresión y del rápido paso a la acción y a la vuelta contra sí mismo.



ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
ATENEOS DE SECRETARIA CIENTIFICA

En la práctica del cutting parecen confluír la marca o escritura en el cuerpo de carácter permanente y la vivencia del dolor que parece ser muchas veces un intento dramático para la joven se sentirse viva.

Estoy segura de que podemos encontrar muchas aristas a este problema e intentar explicaciones desde el sadismo, el masoquismo, el narcisismo, el apego adictivo y más. Por ahora prefiero pensar que la herida que muestra la sangre y a la vez es controlada como en una dosis exacta para que deje marcas pero sin fluir, es una efracción en una superficie que es límite entre el psiquismo y el ambiente y habla de la falla en la función continente o/y quizás también de una necesidad de experimentar el dolor para sentirse viva.

Esta situación clínica puede quizás relacionarse con cambios en la función parental en la actualidad.

Esta sería una de las formas de la falla en la función paterna, la *abdicación*, tomando en cuenta la idea de Winicott, de que la violencia, el impulso homicida, queda suelto, desligado en manos de una joven que blande una navaja o cuchillo porque no hay quien se haga cargo de tomar para sí la hostilidad y tolerarla o detenerla si es necesario.

En éste y en otros casos que traté y supevisé, la figura del padre está ausente, corrida. Parecería muy lineal y obvio decir que allí adonde no hay separación y corte, las jóvenes se cortan, actuando algo que no encontró lugar en la realidad psíquica.

Sin intentar forzar la articulación con el tema del Edipo interrogado podemos hacer algunas correlaciones con el tema de este año.

Parece haber consenso de que la función paterna ha declinado y según los estudiosos del tema desde hace muchos años. Phillipe Julien dice que este proceso comenzó con el Cristianismo al ser la Iglesia quien bautiza a los niños cuando en la Roma antigua era el padre, en tanto amo, quien se autorizaba a sí mismo a ser padre de un niño reconociéndolo. (Phillipe Aries relata que el niño,



ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
ATENEOS DE SECRETARIA CIENTIFICA

después de nacer era depositado en el suelo delante del padre, éste lo levantaba y así era reconocido por él). Es claro que la paternidad biológica estaba excluida en este ritual. Con el bautismo religioso arranca otro tipo de filiación. El padre ya no es legislador sino representante. Y lentamente el Estado Moderno pasa luego a ser quien garantiza las libertades y regula los derechos del hijo que ya no son *sobre* el hijo sino *del* hijo.

En una rápida visión, llegamos al Siglo XIX que está caracterizado por la familia nuclear, burguesa, monogámica y heterosexual, modelo en el que nace el psicoanálisis.

El modelo de la familia actual está muy lejos del ideal moderno de la familia que prevalecía en esa época. En nuestro medio ya hace tiempo que se discute el tema de las llamadas 'neoparentalidades'.

Por otra parte, el avance tecnológico y científico en el conocimiento de la fisiología reproductiva permite hoy diferenciar la dimensión erótica del mandato reproductivo en cuanto a la conservación de la especie. Por otra parte, se abre un tema muy interesante en el campo de la filiación a partir de los desarrollos tecnológicos que comienzan a cuestionar lo que antes parecía irreductible: la paternidad biológica

En este momento ya no confundimos, o no deberíamos hacerlo, a la función paterna con el rol que desempeña un hombre que en general se llama padre y que habita en una familia en la que es padre de los hijos y marido de la esposa. Hoy en día no es necesario que ese rol lo cumpla un hombre y que a la vez sea el padre. Puede ser otra persona y no necesariamente del género masculino.

Estos cambios llevan a cuestionarnos necesariamente la teoría del Complejo de Edipo y la teoría del incesto. Surgen algunas preguntas:

¿Cómo va a elaborar su Complejo de Edipo un niño que tiene padres del mismo sexo.



**ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
ATENEOS DE SECRETARIA CIENTIFICA**

¿A quienes investirá el niño un poco mayor, dedicado a la tarea psíquica de construir su subjetividad, en plena investigación sobre sus orígenes, en el armado de las identificaciones, en la búsqueda de sus parecidos?

Hay que seguir pensando sobre la base inconciente de nuestra sexualidad y atrevernos a repensar el Complejo de Edipo. Yo no pienso que el Complejo de Edipo esté escrito en nuestro genoma, pero también es cierto que hasta hoy, la pulsión que organiza las relaciones humanas, tiende a formar la situación edípica clásica., eso lo vemos en nuestros consultorios.

Como hasta ahora lo que predomina es la organización familiar clásica, es allí adonde me parece adecuado hablar de debilitamiento de la función paterna, o desfallecimiento, como lo nombran los autores franceses. El efecto de esto puede intuirse, como vimos, en algunas de las presentaciones de las patologías actuales en la infancia y adolescencia.

Para ir cerrando, lo que nuestra época nos muestra con las condiciones de crianza actuales es que la función paterna incluye al Edipo, a la bisexualidad constitutiva y por lo tanto a la función materna también. Si un padre no puede identificarse con el papel maternal en la relación con el niño todavía no ha devenido padre. De la misma manera, una madre que no puede tener, en caso necesario, una función paterna no es todavía una mujer devenida madre.

Es de esta manera en que se construyen las funciones materna y paterna tanto en el mundo externo, cotidiano, como en el de la realidad psíquica, en el que el armado de estas funciones depende bastante de un diálogo interno y externo con quien se comparte la difícil tarea de la crianza de los hijos.

Esta ha sido sólo una pincelada sobre una de las situaciones clínicas actuales. Somos habitantes de una cultura que estimula la búsqueda de un cuerpo que no muestre el paso del tiempo y, más aún, que nos permita pensar que con la tecnología podemos intervenir hasta “hacernos como queremos ser”



**ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
ATENEOS DE SECRETARIA CIENTIFICA**

La adolescencia tiene al cuerpo, su superficie y su imagen como escenario prevalente. La envoltura de la piel es un límite, y ahí, en los bordes de los cuerpos, de la realidad, del lenguaje en que se juega la encrucijada generacional. Ese es también el campo en que estamos inmersos paciente y analista, ambos seres socializados que respondemos a los códigos de la época.

Referencias

Anzieu D (1993) Los continentes del pensamiento, ediciones de la Flor, 1998, Buenos Aires

Freud, S. (1923): *El yo y el ello*, A.E., XIX.

Bick, E. (1968) La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas, *Revista de Psicoanálisis*, vol 27, 1970.

Winnicott, D. W. (1971) *Realidad y Juego*, Gedisa, Barcelona, 1972.